

Miguel Gil IMIRIZALDU, *Un adolescente en la retaguardia. Memoria de la guerra civil (1936-1939)*, Ediciones Encuentro, Madrid 2006, 213 p.

Existe hoy un notable interés en recordar los hechos ocurridos en la guerra civil española y están apareciendo numerosos libros en uno y otro sentido. *Un adolescente en la retaguardia. Memoria de la guerra civil (1936-1939)* es uno de ellos. En esta abundante literatura hay buenos tratados y estudios de investigación, pero no todos los autores vivieron personalmente la contienda, por lo que en cierto modo hablan «de oídas». Miguel Gil Imirizaldu, sin embargo, narra en su libro lo que vivió personalmente durante esos tres aciagos años, lo que le confiere una mayor autenticidad. Al estallar la guerra tenía 15 años y se preparaba para ser monje benedictino en el Monasterio del Pueyo (Barbastro). El libro recoge sus recuerdos de aquellos años en los fue testigo de la muerte de sus superiores y de cómo sobrevivió en la zona republicana.

Con enorme sencillez, sin guardar ningún rencor pero descubriendo las atrocidades de aquellos días, cuenta cómo los monjes benedictinos fueron expulsados de su monasterio y encarcelados junto con otros religiosos y el propio obispo de la diócesis. La vida de todos ellos en la improvisada cárcel resultó ejemplar, y lo es todavía más el testimonio de los que cada noche eran conducidos al pelotón de fusilamiento. La descripción de la muerte de los benedictinos, contada por alguien que vivió con ellos hasta el último momento, es sobrecogedora. El heroísmo y la fortaleza de estos hombres confirman al joven novicio en su vocación religiosa. Su juventud le libró de la suerte de sus compañeros, y los anarquistas le reclutaron como camarero para uno de sus cuarteles. El autor nos cuenta así el primer año de la guerra mientras vivía en Barbastro hasta que se traslada a otro pueblo con el mismo oficio.

Durante más de un año vivió después en Caspe, trabajando en el Casino, convertido en centro de operaciones anarquista y republica-

no. Allí llegó a conocer al general Líster y a tratar con milicianos y todo tipo de personal. Vivió muchas aventuras; comenzó el trato con chicas de su edad, asiste al cine y al teatro, pero sabe conservar siempre su condición de aspirante a religioso. Estas circunstancias le llevan a madurar con rapidez, sin ocultar su vocación ni sus estudios eclesiásticos. Las noticias que llegaban al Casino sobre el desarrollo de la guerra eran ambiguas y siempre desde el punto de vista republicano. En ocasiones se ve en la necesidad de criticar actuaciones del bando nacional, como los bombardeos a la ciudad en la que vivía y rezaba por todos.

El avance de las tropas de Franco obligó que los que le habían acogido en Caspe a desplazarse hacia Cataluña. En Poal, en la comarca ilderense de Urgel, convivió con una familia de profundos sentimientos religiosos en la que fue considerado como un hijo. Vivió con ellos un tiempo, mientras los republicanos dominaban aquella región. En un ambiente de penuria y dificultades, en el que llegaban continuamente noticias de fallecimiento de familiares en el frente, resulta emocionante el cariño entre los miembros del mismo linaje. El joven aspirante a religioso consiguió entrar en contacto con un sacerdote que ejercía clandestinamente su ministerio, que le reconfortó y le administró la comunión.

Por la retirada de los rojos, el pueblo no se vio cubierto de sangre y le permitió un regreso sin peligro hacia su pueblo de Navarra. Su familia, al no haber tenido noticias de él en todo este tiempo y por los datos que les habían llegado del destino de los religiosos del Pueyo, le había dado ya por muerto. La llegada a Lumbier, su pueblo, y el encuentro con sus padres resultó verdaderamente emocionante.

Es edificante la capacidad de comprensión y de disculpa que Gil de Imirizaldu. El libro concluye con dos anexos impresionantes: el testimonio del miliciano que ejecutó al abad del monasterio del Pueyo y una carta de un joven monje en la que se despidió de sus padres

antes de ser fusilado, en la que no se descubre ningún atisbo de rencor ni resentimiento.

Resulta estimulante escuchar un relato tan lleno de caridad y comprensión de alguien que vivió muy de cerca aquellos terribles años. El Padre Plácido, como se llamó cuando ingresó como benedictino, reside, ya muy anciano, en el monasterio de Leyre (Navarra).

P. Estaún Villoslada

Joseph KATEMBWE - Paulin KALALA (éds.), *Une vie pour l'Église et pour la société. Mgr. Tharcisse T. Tshibangu 35 ans d'Épiscopat (06 Décembre 1970-06 Décembre 2005)*. Éditions Diocésaines de Mbuji-Mayi-Éditions Universitaires Africaines de Kinshasa, Kinshasa (Mbuji-Mayi) 2006, 198 pp.

La presente obra es un homenaje a Mgr Tharcisse Tshibangu, con motivo de haber cumplido 72 años el 24 de abril de 2005. Edad importante para un africano congolés que ha pasado 46 años de vida sacerdotal, de ellos 35 como obispo: primero como prelado auxiliar de Kinshasa (1970-1992) y después como pastor de Mbuji-Mayi. Una vida consagrada al servicio de Dios, del pueblo africano y de la Iglesia que Tharcisse Tshibangu ha sabido ejemplarizar en su divisa episcopal de *duc in altum*. Un espacio sin fronteras que ha recorrido comprometiéndose desde la fe con una obra intelectual, cultural y universitaria de primera magnitud.

Al servicio de la Iglesia, monseñor Tshibangu ha desempeñado funciones de especial relieve. Fue el primer perito africano en el Concilio Vaticano II, nombrado expresamente por Juan XXIII; después fue miembro de la Comisión Ecuménica «Fe y Constitución» de 1968 a 1984; y miembro del Secretariado Romano de la Iglesia Católica para los no cristianos de 1974 a 1984. En el marco de la Iglesia africana ha sido, amén de obispo de Mbujimayi, encargado de la sección teológica del SCEAM (Simposio de las Conferencias Episcopales de África y de Madagascar) y ha dirigido durante más de veinticinco años la Comisión

doctrinal de la Conferencia Episcopal del Congo. Además de estas responsabilidades ha participado en numerosos coloquios y congresos internacionales sobre temas teológicos, publicando al respecto varios trabajos y obras que lo han consagrado como uno de los teólogos más importantes de la Iglesia de África en el siglo XX.

Como teólogo llamó la atención de los círculos especializados por una importante monografía sobre Melchor Cano y su método teológico, publicada en 1965. En 1969 fue designado por Pablo VI miembro de la Comisión Teológica Internacional, por un quinquenio. Después ha trabajado con intensidad sobre la inculturación de la teología en la vida africana. Es, sin duda, uno de los exponentes más brillantes de la teología afrofrancófona.

Todos estos cargos y una ingente misión pastoral se intentan resumir escuetamente en esta obra que se abre con una carta de salutación de Juan Pablo II a monseñor Tshibangu, con motivo de su vigésimo quinto aniversario como obispo africano del Congo. Le siguen cinco capítulos que recogen, en primer lugar, la vida, la obra y el perfil teológico del obispo Tshibangu; un segundo capítulo se centra en su obra pastoral en la diócesis de Mbji-Mayi; el tercero aborda testimonios de expertos sobre su figura y su obra teológica; cierra la serie sendos trabajos del propio monseñor Tshibangu sobre la Universidad del Congo, el sacerdocio en la sociedad actual y la misión del obispo como servicio a la Iglesia. La obra culmina con un capítulo conclusivo sobre la vida y la obra del obispo Tshibangu.

J. Vergara

Andrés MARTINEZ ESTEBAN, *Aceptar el poder establecido. Los católicos españoles y la Santa Sede en la Restauración (1890-1914)*, Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2006, 767 pp.

Siguiendo los pasos de otros ilustres historiadores, tales como José Andrés-Gallego,